

El "Secreto" del Poder de Krushev

B. Souvarine.

Para muchos es un verdadero misterio el encumbramiento de Krushev a la cima del poder en Rusia. Después de las protestas contra el "culto a la personalidad", culto que se practicó en los días de Stalin, y de asegurar repetidamente que los tiempos de la "dictadura" personal habían ya pasado irremisiblemente; después de afirmar que el gobierno de la URSS se haría por un grupo de "iguales", he aquí que el tal "grupo" se desarticula al poco tiempo para resolverse en un mando unipersonal: el de Krushev. Y Krushev sigue mandando, durante más de una década, aparentemente como amo y señor del inmenso Imperio Rojo, a pesar de tantas predicciones de su caída, hechas por los observadores occidentales.

¿Qué poder oculto ha tenido este hombre, o qué habilidad tan extraordinaria para llegar a deshacerse tan rápidamente de todos sus colaboradores? ¿Cómo puede mantenerse en el pináculo, sin ser traicionado?

La respuesta nos la da B. Souvarine, experto en los bajos fondos del comunismo, como hombre que los conoció perfectamente y presenció durante muchos años acontecimientos similares.

Según él, ni Krushev es el "amo" de Rusia, sino el mascarón de proa de la nave comunista, pilotada por un grupo del Comité Central del Partido que maneja y domina al resto de dicho Comité, ni sus posturas "transigentes" y sus pretendidos "apuros gubernamentales" son otra cosa que un engaño, muy bien disimulado, urdido con el fin de obtener de los occidentales que no se opongan y hasta apoyen sus puntos de vista, puntos de vista que siguen siendo los mismos que siempre ha sostenido el comunismo, con su habitual ferocidad e intransigencia.

El autor desenmascara a varios de los más influyentes comentaristas de E.E. UU., en su labor "pacifista" y de "acercamiento" a Moscú.

Veamos, a continuación, la opinión de Souvarine sobre este intrincado problema.

Hace diez años que Krushev asumió el cargo de secretario general del partido, precedentemente tenido por Stalin. Fue nombrado en 1953 por el conjunto de los órganos dirigentes del partido y del Estado a los cuales inspiraba con-

fianza, tanto por sus capacidades políticas como por su respeto (supuesto, pero después comprobado) de una especie de "loi du milieu" formulada por Lenin y resumida oralmente en estos términos: "No verter la sangre en el interior del partido". Nadie ha podido decir que en marzo de 1953 Krushev fue designado primus inter pares por sus propias "criaturas" o "protegidos", puesto que en aquella fecha los órganos dirigentes se componían de criaturas, de protegidos de Stalin, de Malenkov, de Molotov y otros de Kaganovich. Es, pues, la confianza de sus pares la que le permitió llegar al puesto supremo.

Después, a través de diversas vicisitudes, ha sabido mantenerse en su puesto conservando la confianza de la "dirección colectiva", que constituye el Comité Central del Partido dentro del cual se perpetúa un núcleo estable por elección entre los elementos del mismo. Este estado de cosas, definido varias veces en el curso de esta decena de años, significa que Krushev basa su autoridad en el acuerdo que mantiene con la mayoría del Comité Central sobre los principios y las prácticas de la política comunista. Un desacuerdo irreductible provocaría inevitablemente el nombramiento de un nuevo primer secretario, suponiendo que Krushev no empleara contra sus contradictores, reales o imaginarios, los procedimientos terroristas de Stalin.

La soviología que prevalece en las esferas político-diplomáticas y en la prensa de los países occidentales, expresa opiniones enteramente diferentes de la que precede. Afirma ante todo que Krushev ejerce un poder personal y exclusivo como Stalin, pero por otros medios (sin decir cuáles); sostiene, igualmente, que el mismo Krushev está perpetuamente expuesto a las oposiciones renacientes: la de los stalinianos o neo-stalinianos, la del ejército o de los mariscales, la de una fracción pro-china, la de los dogmatistas o de los "duros", oposiciones que unas veces se diferencian y otras se confunden. No es necesario hacer observar que estas opiniones se contradicen y se anulan entre ellas.

Si Krushev ha pasado la mayor parte de su tiempo, desde hace diez años, luchando contra la hidra de una oposición, cuyas cabezas retoñan sin cesar, es que no dispone de un poder personal y exclusivo. Si tiene que contar permanentemente con una o varias oposiciones, que

le toleran en la Secretaría y que él tolera en el Comité Central o en el Presidium, es que la "dirección colectiva" existe de hecho, y no sólo en palabras. Y cuando la política oficial de Moscú, interior o exterior, económica o "cultural", revela contradicciones o inconsciencias, hay que creer que esto es el resultado, no de los caprichos de Krushev sino de las alternativas de una mayoría fluctuante en el Comité Central, de la que Krushev es, ahora, el fiel intérprete.

Lo que ha dado momentáneamente una apariencia de justificación a los soviólogos que disertan largamente sobre las luchas intestinas en el Kremlin es el asunto del pretendido "grupo anti-partido". Pero solamente una apariencia. En efecto, hablando propiamente, no había "grupo" como se desprende de todo lo que fue revelado a este respecto hasta, inclusive, el último Congreso del partido, sino disonancias variados sobre cuestiones diversas, terminando en una coalición circunstancial para eliminar a Krushev, y hasta para "liquidarlo", así como a sus partidarios más íntimos, según la siniestra técnica en vigor bajo Stalin. Se trataba de una liquidación de cuentas cuyo origen remonta precisamente a esta peripecia de marzo de 1953, cuando Malenkov fue suplantado en la Secretaría por Krushev con el apoyo de una mayoría de la oligarquía dirigente, en condiciones que han quedado oscuras y que juzgando por la cronología y las consecuencias fueron, ciertamente, difíciles.

El trío que integró la escena durante los funerales de Stalin no ha podido eclipsarse más que por la voluntad del Comité Central; necesariamente ha sido precisa la unanimidad para enviar a Beria ad patres, después una buena mayoría para abatir sucesivamente a Malenkov y Molotov, para decidir el derrumbamiento de Stalin, para excluir el "grupo anti-partido", que no era ni grupo ni anti-partido, para dejar cesante a Jukov, para oponerse a las pretensiones de Mao, para excomulgar a los albaneses recalcitrantes. Nada de esto se explica si se niega la realidad de una dirección (relativamente) colectiva, teniendo a Krushev como principal mandatario. El episodio del pretendido "grupo anti-partido" ha desmentido, en todo caso, la teoría que erigía a Krushev como detentador del poder efectivo de Stalin.

Asimismo han sido desmentidas, unas tras otras, todas las hipótesis fabulosas que presentaban a Krushev en lucha con una oposición de izquierda o de derecha, siempre destruida y siempre reapareciendo bajo diversos pseudónimos. Los pretextos pseudo-ideológicos, puestos en evidencia por una parte y otra en la querrela sordida de los "anti-partido", encubren mal el stalinismo común de los antagonistas; la intervención armada en Hungría y la guerra fría disfrazada de coexistencia pacífica están también, indiscutiblemente, inspiradas por el "mar-

xismo-leninismo" de Stalin. La idea absurda de una influencia militar sobre la dirección colectiva del partido, de una "presión" de los mariscales en un sentido belicoso, no reposa sobre absolutamente nada: ha bastado un papirotazo para retirar al terrible Jukov, encarnación del "bonapartismo", según la soviología de moda. La sorprendente invención de una fracción "pro-china", que trae a mal traer a Krushev en el Comité Central, no merece ser refutada. Y así a continuación.

El discurso secreto de Krushev en el XX Congreso tuvo notorias repercusiones trágicas en el mundo comunista, desde Hungría al Cáucaso. Los publicistas sin escrúpulos que, despreciando todo conocimiento serio de las modalidades particulares de los congresos comunistas, interpretaron ese discurso como una iniciativa personal, dejaban prever tristes consecuencias para el imprudente orador. No pasó nada por la sencilla razón de que Krushev había hablado en nombre de la dirección colectiva, aunque varios miembros de ésta no estaban de acuerdo. Los reproches retrospectivos dirigidos a Stalin por no haber sabido conservar a Tito en el campo soviético, servirían con mayor razón contra Krushev a propósito de los chinos y los albaneses si el primer secretario actual fuera responsable personalmente; pero no es más que el instrumento de un poder ejercido en parte. Ciertamente que no hay justicia en política, sobre todo entre los comunistas, y el equipo dirigente de Moscú sería muy capaz de sacrificar a un hombre usado, si juzgara ventajoso deshacerse de él para realizar mejor un "cambio" político o por cualquier otra razón indiscernible para los profanos. Pero hasta ahora nada indica una tal circunstancia y las especulaciones periodísticas a este respecto son vulgar sensacionalismo, no cuidado de verídica información.

Era inevitable que el conflicto sovieto-americano, ocasionado por la provocadora instalación de armas ofensivas en Cuba, reanimara los sempiternos comentarios sobre la iniciativa atribuida a Krushev y sobre las causas de su retirada. A menos de informes precisos, de los que nadie dispone, nada autoriza a suponer que haya podido actuar motu proprio. Pero esto no conviene a toda una escuela de interpretación que diserta desde hace años sobre la personalidad de Krushev, sobre su psicología, su temperamento, su nerviosidad, su redondez y el resto. Por una gran contradicción los sirvientes occidentales del culto de la personalidad de Krushev no quieren que el personaje sea el agente de su partido en el poder y necesitan absolutamente que en toda circunstancia "crucial" sufra presiones contrarias a su comportamiento normal. Una vez más se ha visto surgir en la prensa la silueta amenazadora de un mariscal como el diablo de una caja de sorpresas, por ejemplo en el New York Times del 31 de octubre, que le consagró una columna entera rigurosamente des-

provista del menor indicio que pudiera sorprender. Cito este periódico porque toda la prensa occidental extrae de él materia para sus fantásticas revelaciones; esto evita tener que repasar los innumerables diarios que ofrecen segundas o terceras mezclas.

Toda la redacción especializada del Times de New York quiere que Krushev se haya hecho individualmente responsable en Moscú de los disgustos soviéticos en el mar Caribe. Además del Sr. Sulzberger, que diserta sobre Malinovski y estima probable que "el porvenir personal de Krushev dependa en gran parte de la actitud del ejército soviético", el Sr. Middleton telegrafía desde Londres que "fuentes calificadas indican hoy que la autoridad de Krushev sobre el gobierno soviético entra en una fase de seria y significativa tensión, como consecuencia de su retirada en la crisis de Cuba". El inevitable Sr. Salisbury pretende, el 4 de noviembre, que "los altos especialistas del Departamento de Estado y de los Servicios de Información, así como los diplomáticos extranjeros, creen que la "leadership" de Krushev entra en su prueba más dura y dolorosa" y que éstos son "unánimes" sobre este punto. Su cofrade Harry Schwartz le hace eco en interminables artículos en los que mete todo y lo contrario de todo; así, el titulado: ¿Revuelta en el Kremlin? La retirada de Krushev suscita gruñidos, pero no hay signos visibles de que esté a punto de perder el poder, y en el cual se trata, en mezcolanza, del reemplazo eventual de Krushev "mucho más posible que el de Stalin"; de fuerzas en el Kremlin más favorables a Pekín que a Krushev"; de un poema de Evtuchenko que acusa a Stalin y a sus epígonos; de Souslov y de Malinovski, líderes de la oposición a Krushev, según los "círculos diplomáticos". Allí se pueden ver los temas resumidos y adornados por toda la prensa de gran tirada.

La identificación de Souslov con la fracción dura, neo-staliniana, pro-china del Presidium, es un leitmotiv favorito del Sr. Salisbury, que intoxica a la diplomacia y la política occidentales. Esto se refleja, entre otros, en el Sr. Harry Schwartz, cuyo artículo citado precedentemente sugiere "que, por lo menos, hay una corriente de oposición a Krushev que proviene de los neo-stalinistas"; "debe reconocerse que hay desacuerdos en el Kremlin"; y que "la preocupación real en Occidente es que si Krushev cae del poder, podrá ser reemplazado por un líder que seguirá una política militante más próxima a Pekín". La sola excepción en nuestro sentido es un artículo de Le Monde en el que el Sr. Michel Tatu, tratando de un informe de Kossyguine leído en el Kremlin con motivo del 45º aniversario de la revolución de octubre, dice que "es evidente que todos los términos habían sido cuidadosamente aprobados por la dirección colectiva" (8 de noviembre). Esto da lugar a

preguntarse por qué la dirección colectiva ha deconsiderar los términos del trabajo de Kossyguine y no los actos esenciales de Krushev.

ACTITUD DE LOS COMENTARISTAS DEL NEW YORK TIMES.

El Comité Central del Partido debía reunirse a partir del 19 de noviembre para tratar de los principales problemas económicos, industriales y agrícolas que preocupan al poder. No necesitaron más los adivinos de la kremlinología para volverse a ocupar de la suerte de Krushev. Nada sirve vaticinar en semejante asunto, como lo han probado otras sesiones del Comité Central consagradas a la agricultura y de las que los más bulliciosos "expertos" occidentales esperaban, sin ton ni son, llamativas revelaciones sobre las luchas intestinas. Puede ser que se hayan celebrado sesiones a puertas cerradas para tomar decisiones de orden político, pero de ello nadie sabe nada. En la espera de que los dirigentes se dignen hacer conocer sus deliberaciones, es interesante examinar la competencia del Sr. Salisbury como analizador de los asuntos soviéticos, puesto que su prosa alimenta tantos equivocados comentarios a través del mundo. Nos es grato, esta vez, tomar de un extracto de su último libro, "A new Russia?", colección de artículos publicados en el New York Times a principios del año 1962, algunas citas que atestiguan la seguridad de su saber y de su juicio, escogidas juiciosamente por el Sr. Abraham Brumberg para el Reporter de Nueva York, número del 27 de septiembre. Se puede, además, considerar el "especialista" en cuestión como el prototipo de toda una especie.

En su primer libro, "Russia on the Way", en 1946, el Sr. Salisbury presentaba a Stalin como "no siendo de esta especie de dirigentes a los que no se atreve uno a hablar... Su actitud hacia los inferiores es paternal y benévola" (!). Aunque los gustos estéticos de Stalin están un poco pasados de moda, "pasa mucho tiempo entregado al arte y la literatura" y "en un terreno, ciertamente, ha sido sana la influencia de Stalin (...), en el de la arquitectura" (!). En cuanto a las sangrientas purgas de los años 30, "el mismo Stalin ha denunciado los excesos" (!). De hecho, "ha dejado entender que los intelectuales habían sido tratados injustamente durante la purga", que según el Sr. Salisbury, "tenía una sólida justificación" (ni más ni menos).

La clarividencia y la competencia del Sr. Salisbury se manifiestan particularmente en el pasaje siguiente: "La mayor parte de las gentes creen que la N.K.V.D. es una policía secreta que deporta los rusos en medio de la noche y los envía a poblar la Siberia. Por supuesto, hay algo de verdad en esta impresión. La N.K.V.D. hace cosas de este género ocasionalmente..." (¡ocasionalmente!).

En el mismo libro el Sr. Salisbury atribuía a Stalin el mérito insigne de orientar la URSS hacia un compromiso con el Occidente, en política exterior, y hacia una cierta democratización en el interior, contra la opinión y la presión de sus colegas intransigentes del Politburó. (Los colegas de aquel tiempo prefiguraban la fracción pro-china actual).

"Estoy seguro, escribía, que le ha debido hacer falta a Stalin mucha habilidad en la discusión y prestigio en la "leadership" para mantener en la línea a sus colegas recalcitrantes. Pero los ha mantenido, y el resultado fue Teherán. Ideológicamente, la decisión era profunda. Por ella, la Unión Soviética (...) se embarcaba en la gran experiencia —no solamente para la guerra, sino para la postguerra— de cooperación y de colaboración con sus enemigos tradicionales, las naciones capitalistas de Occidente". Se ve que Krushev se limita a seguir las trazas de Stalin el pacífico.

(Hemos señalado varias veces, desde hace catorce años, que Stalin había hecho creer a Roosevelt y a los "guías de la opinión" americana que él era el elemento moderador del Politburó, compuesto de extremistas intratables, y que, por consiguiente, merecía verdaderamente ser "ayudado", sostenido por los occidentales, a fin de no ser desbordado por su izquierda; lo que era volver a reclamar que se satisficieran sus más monstruosas exigencias para permitirle contener las ambiciones conquistadoras de un Politburó todavía más bulímico. Por extraordinario que esto pueda parecer ahora, esta fábula para niños retrasados tuvo evidente fuerza en los medios americanos llamados progresistas y liberales. Circula de nuevo, actualmente, en favor de Krushev presentado como la defensa de la paz en el Presidium, y a quien hay que "ayudar" y sostener contra una cierta fracción pro-china belicista; lo que es lo mismo que preconizar que se satisfagan sus más arbitrarias exigencias, como por ejemplo, abandonar Berlín, evacuar las bases defensivas americanas, etc.).

El Sr. Salisbury, como tantos otros admiradores o defensores de Stalin, ha trasladado sobre Krushev todas sus ilusiones y sus esperanzas. En su última libro, *A new Russia?* cuenta que Krushev no se "preocupa que los rusos vayan o no vayan a la iglesia y que, por lo menos una vez, ha intervenido personalmente para prevenir a sus colegas más agresivos (¡siempre los colegas!) contra el uso de la fuerza y de la injuria contra la Iglesia y sus miembros". (Es evidente que el papel lo soporta todo).

Tratando de la campaña de difamación y de intimidación que ha llevado prematuramente a la tumba a Pasternak, el Sr. Salisbury se atreve a pretender que Krushev no tenía culpa. Este había "amonestado a todos los instigadores (de esta campaña) que fueron desplazados o castigados de una manera o de otra". Afirmaciones

verdaderamente cínicas cuando se sabe que la prensa soviética ha guardado completo silencio sobre la muerte del poeta (¿por orden de quién?), que el insultador más virulento de Pasternak ha sido nombrado jefe de la policía secreta y que la amiga íntima de Pasternak, condenada a puertas cerradas, expía en presidio, por quince años, el crimen de haber cobrado los derechos de autor.

En resumen, el Sr. Salisbury se esfuerza constantemente en persuadir a sus lectores que si el Occidente sostiene (¿cómo sostenerle?) a Krushev y su grupo (¿qué grupo?) contra sus enemigos del interior (¿quiénes son?) y del exterior (¿qué hacer contra los chinos, los albaneses?) "la esperanza de un acuerdo entre Rusia y el Occidente podrá realizarse". Falta saber lo que el Sr. Salisbury y sus afines entienden por "sostener" a Krushev. Si esto no significa capitular ante la URSS cuando sus dirigentes quieren disponer de Berlín, disponer de la ONU, disponer del Congo, de Cuba, etc., y arrojar a los americanos de todas las posiciones defensivas que ocupan para hacer frente a la agresividad comunista, ¿qué es lo que quiere decir? ¿Y le estaría permitido a un Salisbury soviético ser en Moscú el abogado de las reivindicaciones occidentales?

El Sr. Brumberg recuerda, oportunamente, que es Krushev el que, advirtiendo a los escritores que no fueran "demasiado lejos", les decía, en 1957, que "no temblaría" su mano para dominarlos, siguiendo el ejemplo de lo sucedido en Hungría. Es él también el que apretó la cuerda a los delincuentes culpables de "crímenes" económicos infligiendo la pena de muerte a centenares de personas; esto no es la obra particular de cualquier "neo-stalinista". En cuanto a los recientes "tribunales de camaradas" y a las "brigadas del pueblo", que no son otra cosa que la violencia populachera y la ley del linchamiento, ¿en qué contradicen estas creaciones inscritas en el nuevo programa del partido las prácticas de Stalin, ahora confesadas e infamadas en Moscú en toda clase de textos oficiales?

* * *

Las observaciones y citas que preceden demuestran qué caso debe hacerse de esta sovietología cuando se examina la situación de Krushev en la sesión del Comité Central, muy ampliada, sobre el que la prensa abundó en comentarios prematuros o ilusorios sobre lo que había que esperar de él. Nada autoriza a suponer que el orden del día de esta pletórica asamblea consultiva encierre una crisis política. Ni que Krushev haya dejado de ser el portavoz calificado de la oligarquía comunista. Cuando deba surgir un hecho nuevo, la información vendrá de Moscú, y no de otra parte, como a cada "vuelta" en el pasado. Nada indica, actual-

LA BIBLIA EN EL CINE

Néstor D. Jaén F., S. J.

Nuestro colaborador, el P. Jaén, nos escribe desde Italia: "Dino de Laurentis, el gran conductor del cine italiano, ha estado últimamente muy ocupado. Se trata de un nuevo coloso filmico, que acaba de ponerse en marcha con el rodaje de "La Biblia", el proyecto más ambicioso que ha concebido hasta ahora la cinematografía mundial. Se intenta realizar en imágenes "toda" la Biblia y "seriamente" (son palabras de una publicación inglesa). Tres films para el Antiguo Testamento y uno para el Nuevo. Serían en total doce horas de espectáculo. Las cifras, ya se sabe, astronómicas. Se habla de 80, tal vez de 85 millones de dólares. Los estudios "De Laurentis", como escribía hace poco un experto, parecen más bien una facultad de Teología que un centro cinematográfico: reproducciones históricas, documentos, presencia de dos grandes teólogos, uno católico y uno anglicano; en fin, un auténtico fervor bíblico". He aquí su comentario.

UN NUEVO COLOSO FILMICO.

Una obra de tal magnitud no podía dejarse en manos de un solo director. En efecto, ya son cuatro los nombres famosos que figuran en la empresa: Roberto Bresson, William Wyler, Orson Welles y Luchino Visconti. Un quinto director: Federico Fellini, aún no se ha decidido.

EL "SECRETO" DEL PODER DE CRUSCHEV

mente, que el carácter representativo del primer secretario esté en discusión, sobre todo por los militares o por una fantasmagórica fracción pro-china. Los últimos acontecimientos de Cuba y la guerra china en las fronteras de la India no motivan, ciertamente, una reunión tan numerosa como la que se celebró en el Kremlin. En cuanto al chantaje extravagante que ejerce Pekín sobre Moscú en nombre de una ideología común y del que nadie tiene la clave fuera de los dos círculos de iniciados respectivos, los más restringidos, no será descifrada en la plaza pública hasta que una de las dos partes se decida a la ruptura. Pero esto es otra historia que rebasa, singularmente, la biografía política de Kruschev.

Roberto Bresson, el autor francés de "El diario de un cura de aldea" y de "La pasión de Juana de Arco" abrirá la cuatrilogía con las imágenes sacras de la creación. El "Hágase la luz" del primer día, el aparecer del firmamento, de las aguas, de los animales y de las plantas; la historia de Adán y Eva y todos los episodios del Génesis que conocemos, hasta el Diluvio Universal, pasarán ante el espectador bajo la guía de Bresson. Luego entrará en escena Wyler, el director ultrapremiado de "Ben Hur". Dicen que desde hace varios meses está estudiando con verdadera pasión la Biblia; quiere que su parte esté a la altura del cometido. Lo mismo creo que se podrá decir de Welles y de Visconti.

En cuanto a Fellini, sus dudas se explican fácilmente. Fellini —lo ha confesado él mismo— no ha leído la Biblia. Para él la Sagrada Escritura es sólo grandiosidad épica, y este género de arte naturalmente es todo lo opuesto al genio felliniano. Fellini debería leer los salmos y los profetas. Entonces cambiaría de opinión. Descubriría allí las aguas más profundas y misteriosas de la psicología humana: la inquietud, el dolor, la fragilidad y la confianza, el amor, la esperanza... el hombre en toda su realidad de pequeñez y grandeza. Fellini se entusiasmaría y podría realizar una auténtica obra de arte. Su cooperación sería de gran valor.

La cuatrilogía que acaba de iniciarse se nos presenta como el coronamiento de toda una serie de películas: algunas inspiradas más o menos directamente en la Sagrada Escritura, como "Sansón y Dalila", "David y Betsabé", "Los Diez Mandamientos", "Rey de Reyes". Y otras fundadas en obras literarias que incluyen episodios de la Sagrada Escritura: "Quo Vadis?", "El manto sagrado", "Ben Hur", "Barrabás".

¿Poseen todos estos films un verdadero valor artístico? ¿Han contribuido en algo a la vida religiosa de los hombres? ¿Qué han pretendido los autores con sus realizaciones fílmicas? He aquí algunos aspectos que se pueden considerar. Insistiremos sobre todo en el aspecto religioso.

ARTE: CRISTAL Y PORCELANA.

Los colosos fílmicos en general presentan ciertas características: son obras externas, "objetivas"; contienen un mensaje netamente explícito. En un "cineforum" sería inútil buscar tras-